RAMON RUBIN
Y
EL CALLADO DOLOR DE LOS TZOTZILES

POR
GABRIELLA DE BEER
The City College of New York

México es un país de una larga historia y cultura prehispánicas. Las ricas y diversas manifestaciones de su pasado precolombino han sido y siguen siendo un fértil campo de investigación y conocimiento para escritores, historiadores y antropólogos. En el México moderno se amalgaman la historia y cultura indígenas y occidentales fusionadas ahora como aguas de diferentes fuentes que han desembocado en un río cuyo curso se antoja a veces unido y otras bifurcado. Por eso no sorprende que lo indígena y el indio mismo hayan sido constante tema de reflexión en sus letras. Al contrario de lo ocurrido, por ejemplo, en la literatura de los países andinos, en México casi siempre lo indígena ha aparecido ligado a otros motivos literarios: algunas veces ha sido abordado en forma directa con propósitos de protesta o de reivindicación, por ejemplo, en *El indio* (1935) y *Los peregrinos inmóviles* (1944), de Gregorio López y Fuentes, pero mayormente lo encontramos entrelazado con otras preocupaciones de la historia y cultura mexicanas. Entonces, cuando el tema se enfoca, no hallamos algo tratado de cierta forma en cierta época o movimiento literario, sino una larga evolución que data de la colonia y va hasta Juan Rulfo, para mencionar sólo un escritor contemporáneo. Por eso, dentro de la literatura mexicana no es posible encasillar fácilmente las obras de tema indígena en categorías separadas e inconfundibles —indianistas, neo-indianistas o indigenistas.

Vale notar que el estudio del indigenismo mexicano antes de la época contemporánea no despertó mucho interés crítico¹, a pesar de que Mé-

¹ Una excepción valiosa es el estudio monográfico de César Rodríguez Chicharro «La novela indigenista mexicana», en *Estudios literarios* (Xalapa, México: Universidad Veracruzana, 1963), pp. 93-150. Otros trabajos que tratan en parte la literatura indigenista mexicana o autores representativos: Rosario Castellanos, «La novela

xico cuenta con varias obras valiosas dentro del campo. Este se concentró en los países andinos, primero en el Perú, donde apareció *Aves sin nido* (1889), y después en el Ecuador con la publicación de *Huasipungo* (1934). Sin embargo, posteriormente surgió en México un interés casi «científico» por el indio —sus tradiciones y costumbres, su modo de vivir, sus relaciones entre sí y con la comunidad mestiza mayoritaria—. Así, el indio dejó de aparecer como una figura literaria exótica, sentimentaloides, símbolo de antiespañolismo o de reivindicación social y cultural. Ahora aparece tal y como es, con sus virtudes y defectos, sus tradiciones y mitos, sus vicios y prejuicios. Y es por eso que para caracterizar estas obras, César Rodríguez Chicharro prefiere el término de novelas de «recreación antropológica»², basándose en un juicio de Gustavo Correa:

Modernamente el problema de lo indígena ha ampliado considerablemente su virtualidad significativa al ser enfocado a la luz de otras actividades y disciplinas científicas e intelectuales. La más importante de ellas ha sido sin duda la investigación antropológica de campo, la cual por primera vez nos ha informado de una manera sistemática y científica del estado actual de muchas comunidades indígenas³.

Efectivamente, la novela indigenista mexicana contemporánea recoge estudios realizados en su mayor parte por los mismos escritores. Pero este interés en las minorías o mayorías étnicas no es únicamente mexicano. Los últimos cuarenta años de nuestra era se han caracterizado por un deseo de conocer mejor y más de cerca los diversos grupos étnicos, geográficos o sociales que conforman la colectividad nacional. En este sentido, la antropología, en sus cuatro ramas —lingüística, arqueología, etnología y antropología física—, ha hecho un aporte significativo al desarrollo de la literatura. En parte por esto, hoy día el escritor no puede presentar al indio arbitrariamente: su lector, educado con mayor respeto y sensibilidad hacia los grupos étnicos, se niega a aceptar representaciones

mexicana contemporánea», en *Juicios sumarios* (Xalapa, México: Universidad Veracruzana, 1966), pp. 83-113; «La novela mexicana y su valor testimonial», en *Juicios sumarios*, pp. 114-130; Aída Cometta Manzoni, *El indio en la novela de América* (Buenos Aires: Futuro, 1960), pp. 65-77; Marta Portal, «Narrativa indigenista mexicana de mediados de siglo», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 298 (1975), pp. 196-207; Joseph Sommers, «Changing View of the Indian in Mexican Literature», en *Hispania*, núm. 47 (1964), pp. 47-55; «El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria», en *Cuadernos Americanos*, 133, 2 (marzo-abril 1964), pp. 246-261; «Literatura e historia: las contradicciones ideológicas de la ficción indigenista», en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, núm. 10 (1979), pp. 9-39.

² Rodríguez Chicharro, p. 96.

³ Gustavo Correa, citado en Rodríguez Chicharro, pp. 96-97.

fantasiosas o excesivamente estilizadas. Entra también en esta nueva perspectiva el interés del creador en su herencia, sus orígenes o sus raíces étnicas. Sea cual fuere su propósito, hoy día el escritor indigenista aborda el tema de una manera diversa a sus predecesores; este enfoque nos permite ver el mundo indígena desde dentro.

En México, quizá el mayor impulso en esta dirección fue resultado de la Revolución de 1910, que puso de manifiesto los problemas económicos y sociales de la mayoría de los mexicanos. Cuando buscaban soluciones a estos problemas seculares agravados por el porfiriato, los políticos volvieron sus ojos al indio y al mestizo y se esforzaron por llevar a la práctica las reformas por las cuales se había luchado en la Revolución. Tanto la guerra civil como el énfasis en esta problemática produjeron un vivo nacionalismo, cuya base fue el pasado precolombino. Quienes se ocuparon de este reexamen querían darle al indio su justo sitio en la historia y cultura mexicanas. José Vasconcelos, en su labor como ministro de Educación Pública (1920-1924), contribuyó a divulgar la historia, tradición y luchas indígenas dentro del país y en el exterior con diversas reformas educacionales, el auspicio del movimiento muralista y aun con su ensayo idealista «La raza cósmica» (1925)⁴. Sin duda, estos años de gran actividad en la educación y en las bellas artes estimularon a escritores e historiadores a examinar la situación del indio en el México posrevolucionario. Marta Portal opina que por ser la reivindicación del indígena una de las propuestas constitucionales de la Revolución, la narrativa indigenista de mediados del siglo «es una narrativa copartícipe de la llamada 'novela de la Revolución'»⁵. Así, en México la literatura de tal temática se fundamenta inicialmente en el nacionalismo cultural y la denuncia social y después absorbe conocimientos antropológicos basados en el estudio del medio indígena. De ahí que Joseph Sommers acertadamente clasificara obras como *El indio* (1935), de Gregorio López y Fuentes, y *El resplandor* (1937), de Mauricio Magdaleno, como «en gran parte» continuadoras directas de la novela de la Revolución⁶, por tocar ellas cuestiones ideológicas del momento, sin penetrar de manera convincente en el mundo indígena. A diferencia de estos escritores vinculados a la narrativa de la Revolución, los del «ciclo de Chiapas» ofrecen un enfoque diverso: ellos parten del indio ahora visto en su propio contexto cultural⁷. No es él úni-

⁴ Para un resumen de la labor educacional de Vasconcelos, véase Gabriella de Beer, *José Vasconcelos and his World* (New York: Las Américas, 1966).

⁵ Portal, «Narrativa indigenista mexicana de mediados de siglo», p. 198.

⁶ Sommers, «El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria», p. 246.

⁷ Las obras incluidas en el citado estudio de Sommers son: *Juan Pérez Jolote* (Ricardo Pozas, 1948), *El callado dolor de los tzotziles* (Ramón Rubín, 1949), *Los*

camente la víctima del abuso y del prejuicio de la sociedad mayoritaria que lo rodea; ahora es un personaje con psicología propia, producto de una diversa cultura con un amplio bagaje de creencias, mitos, supersticiones y tradiciones. Sin abandonar lo descriptivo, los autores del ciclo de Chiapas destacan, además de las circunstancias físicas y sociales, la angustia del indígena y su manera de ser, determinada en gran parte por su mundo cultural. Curiosamente, la obra de estos escritores simboliza la continuidad de un tema bien conocido en las letras mexicanas, y a su vez la ruptura con el tratamiento tradicional otorgado a éste. Preocupándose menos por la ideología y el folklore y más por la comprensión del indígena en su medio ambiente, ellos logran una obra más profunda y artísticamente superior a la de sus predecesores. Quizá sea Rosario Castellanos quien mejor haya sintetizado las preocupaciones que dan lugar a este acercamiento. Cuando ella habla de la «búsqueda de nuestro propio ser y de nuestra propia fisonomía nacional»⁸, se refiere al pasado y presente indígenas, que es urgente estudiar y valorar rechazando todos los viejos clichés. Además, para Castellanos el indio debe ser visto como cualquier ser humano, capaz de ternura y nobleza, de odios y rebeldías. A su vez, esta aproximación conlleva un fenómeno de reducción de la perspectiva del escritor, que ya no se esfuerza por abarcar la totalidad, sino que se fija en colectividades reducidas que de ningún modo son representativas (por su aislamiento geográfico y cultural, estos grupos marginales no han sido asimilados por el mestizaje).

Esta nueva corriente fue iniciada por el antropólogo Ricardo Pozas y su biografía de un tzotzil de la zona fría de Chiapas, *Juan Pérez Jolote* (1948). Pozas deja atrás la visión sentimental o exótica del indio para concentrarse en una microestructura. Así rompe los viejos moldes y abre el campo a un indigenismo más a tono con la realidad mexicana. Rosario Castellanos resume bien la aportación de esta obra seminal:

En estas páginas se lograban dos aciertos muy valiosos: la objetividad del tratamiento y la individualidad del personaje. ¿Indio? Sí. ¿Extraño para nosotros? Sí. Pero, en última instancia, en lo esencial, un hombre como cualquier otro. En algunos momentos privilegiados, una persona como la que, a veces, llegamos a ser. Y en el instante de la decisión, un mexicano⁹.

hombres verdaderos (Carlo Antonio Castro, 1959), *Benzulul* (Eraclio Zepeda, 1959), *La culebra tapó el río* (María Lombardo de Caso, 1962), *Balún Canán* (Rosario Castellanos, 1957), *Ciudad real* (Rosario Castellanos, 1960) y *Oficio de tinieblas* (Rosario Castellanos, 1962).

⁸ Castellanos, «La novela mexicana contemporánea», p. 112.

⁹ Castellanos, «La novela mexicana y su valor testimonial», p. 126.

Representativo de esta nueva tendencia dentro del indigenismo mexicano es el novelista y cuentista Ramón Rubín (1912), a quien Juan Rulfo juzga «poco conocido y hasta subestimado por la crítica en México»¹⁰. Aunque Rubín no ha tratado exclusivamente la temática indigenista¹¹, su obra constituye otro eslabón en la larga y continua evolución de esta vertiente. Las novelas indigenistas de Ramón Rubín son tres: *El callado dolor de los tzotziles* (1948), *El canto de la grilla* (1952) y *La bruma lo vuelve azul* (1954). Sin duda la más conocida es *El callado dolor de los tzotziles*, una de las varias obras escritas por diversos autores sobre la población indígena de la zona alta de Chiapas. En ella se perfila un nuevo enfoque, tanto en el esfuerzo del autor por comprender al indio como producto de su propia cultura y de su medio ambiente como por la ruptura con la tradicional protesta social y con el ataque a la corrupción e injusticia del grupo mayoritario. Rubín se esfuerza por explicar la tragedia del protagonista tzotzil, tragedia que es el resultado del conflicto creado por él mismo y el mundo ladino. Sin embargo, en su afán de hacernos ver el mundo tzotzil, el autor explica e interpreta demasiado a veces, restándoles autonomía a sus personajes. Con todo, *El callado dolor de los tzotziles* apunta hacia técnicas más elaboradas, perfeccionadas después por Rosario Castellanos en *Balún Canán* (1957), *Ciudad real* (1960) y *Oficio de tinieblas* (1962).

La obra es representativa de la nueva novela indigenista mexicana tal y como la practican los escritores del «ciclo de Chiapas», porque el autor crea su obra basándose en la propia observación de la zona de San Cristóbal de las Casas (Chiapas), realizada en numerosos viajes¹². Desarrollada de una manera directa y lineal, la trama depende totalmente de las creencias, tradiciones, supersticiones y costumbres indígenas que controlan la vida del personaje principal dentro y fuera de su mundo. El lector pre-

¹⁰ Juan Rulfo, discurso pronunciado en Barnard College, Columbia University, marzo de 1982.

¹¹ Entre las obras de Ramón Rubín destacan sus novelas de tema marino: *Burbujas en el mar* (1949), *La canoa perdida* (1951), *El seno de la esperanza* (1964). Otras tratan de la fiebre aftosa en la región del lago de Chapala, *Ese rifle sanitario* (1948), o el medio rural, *Cuentos del medio rural mexicano* (1942), *Cuentos mestizos de México, segundo libro* (1948), *Tercer libro de cuentos mestizos de México* (1948), *Cuarto libro de cuentos mestizos de México* (1950), *El hombre que ponía huevos, quinto libro de cuentos mestizos de México* (1960), *Cuando el tiguaro agoniza* (1960).

¹² Véase Eleanor M. Ringwald, *The Life and Works of Ramón Rubín* (Ann Arbor, Michigan: University Microfilms International, 1968), p. 135, donde cita una entrevista con el autor en la que éste declaró que había escrito la novela en unas cuantas semanas.

sencia su angustia y la comparte porque los sentimientos del protagonista, José Damián, son naturales y comprensibles aun cuando su mundo pueda parecernos extraño. El indígena descrito por Rubín es antes que nada un hombre como cualquier otro que en la vida se ve obligado a enfrentarse a ciertos problemas y a vivir de acuerdo a decisiones tomadas. Así, el protagonista nos atrae no por su exotismo, sino por su condición universal. Rubín nos deja entrever el mundo interior indígena, libre de los acostumbrados estereotipos. De igual trascendencia son las muchas descripciones incluidas por Rubín de las tradiciones y costumbres que subrayan la supervivencia en estas regiones de la cultura tzotzil después de casi cinco siglos de transculturación. Es evidente que *El callado dolor de los tzotziles* contribuye a fijar el nuevo indigenismo mexicano basado en la observación directa y el estudio detallado de la etnia con el propósito de ofrecer una visión desde dentro de este mundo y su interacción con la cultura dominante. En este sentido es reveladora la respuesta de Rubín a la pregunta que le hizo Emmanuel Carballo en una entrevista de 1965: «¿En qué forma escribes tus novelas?»

Sólo puedo escribir una novela partiendo del clima ambiental. Elijo éste atraído por su fuerza y su peculiaridad; sitúo en él a los personajes y los hago moverse de acuerdo a las presiones internas y externas que reciben y a la luz de ellas. Entonces el conflicto surge por sí solo, dándome el tema. El esfuerzo disciplinado de desarrollarlo con apego a los cánones de la lógica realista me permite festinarlo y me conduce hacia la necesaria culminación. Tanto el cuento como la novela exigen del escritor una aptitud que, a mi juicio, resulta imprescindible: la capacidad de sentir los problemas y angustias de los personajes y de hacérselos sentir al lector ¹³.

La trama de *El callado dolor de los tzotziles* a primera vista parece sencilla. Los primeros capítulos tratan de la separación de José Damián y María Manuela, exigida por las mayores de la tribu por la infecundidad de la esposa después de muchos años de matrimonio. Vemos la situación de María Manuela, mujer hacendosa y buena, a quien se rechaza y expulsa de la comunidad por esta «falta». Los hombres celebran este acontecimiento, consumado en presencia del juez y testigos, con un viejo remedio portador de olvido y consuelo: la borrachera. Rubín nos describe y nos explica las costumbres de los tzotziles, su modo de vivir y de ganarse la vida, las relaciones conyugales y el apego de la comunidad a sus ritos.

¹³ Emmanuel Carballo, «Ramón Rubín», en *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX* (México: Empresas Editoriales, 1965), pp. 342-343.

Para el lector contemporáneo, el episodio cruel de los primeros capítulos recalca más que nada la situación inferior de la mujer, a quien se la considera como un animal reproductor fácilmente reemplazable cuando no cumple su función. Al comparecer ante el juez nadie mira a María Manuela ni le dirige la palabra: por su «falta», la mujer deja de existir como tal; es ahora un objeto inerte. La colectividad la condena a la misma ignorada existencia que ya ha experimentado en casa. Así, los sentimientos y el cariño compartidos por marido y mujer están regidos por las tradiciones del grupo. El rechazo hacia la mujer es completo: es una paria, despreciada para siempre por su propia familia y por la comunidad. Para subrayar este estado de «no ser», el narrador explica que en estos casos al hombre se le permite volver a casarse, mientras que «a la estéril, ningún tzotzil se hubiese humillado a aceptarla por esposa, ni siquiera por concubina, ni mirarle a la cara. El estigma de su infecundidad se le volvía más triste que lo que pudiera serlo la peste misma, la oncocercosis o la lepra»¹⁴.

José Damián no se adapta bien a su nueva situación; los quehaceres de la casa lo abruma y la falta de su mujer lo deprime. Quien había sido un hombre sobrio ahora encuentra alivio en el aguardiente. Para distraerse decide marcharse al Soconusco y contratarse para trabajar en los cafetales entre los ladinos. Cuando pide trabajo le informan que no hay nada, excepto matar borregos. El mestizo se lo ofrece sabiendo que para los tzotziles el borrego es un animal sagrado e intocable. Pero al ver la miseria de José Damián, quiere aprovecharse de ella y logra convencerlo que es lo mismo matar un buey o un borrego. Vencido por el hambre y la desesperación, José Damián acepta el trabajo prohibido, reflexionando que quizá sería mejor quedarse entre los mestizos y olvidarse de los suyos. Desde el momento en que toma esta decisión empiezan la angustia y la ruina de José Damián. Llega a ser un hombre solitario que no puede adaptarse al mundo mestizo, que nunca lo acepta, y a quien el mundo indígena rechaza por haberse «contaminado» por una cultura ajena. Así, nos encontramos frente a la tragedia de un hombre que no tiene a qué agarrarse, un hombre que no puede acudir a nadie por no pertenecer ni a uno ni a otro mundo. Con el tiempo, lo que era una aversión hacia la matanza de los borregos se convirtió en cierta complacencia. José Damián se distraía de su propia tristeza «haciendo daño por el simple placer vengativo de sentirse dueño y capaz de lastimar a otros»¹⁵. Además, al perfeccionar su habilidad en el trabajo se puso a prueba frente a los mestizos, que se

¹⁴ Ramón Rubín, *El callado dolor de los tzotziles* (México: n. p., 1949), p. 34.

¹⁵ Rubín, p. 69.

reían de él por su falta de machismo y valentía. En la hacienda ya se le hacía difícil la vida. Los otros tzotziles se negaron a tener contacto con él porque sabían que mataba borregos; los mestizos lo aguantaban como objeto de burlas y sarcasmos. Únicamente el licor y su enorme cuchillo le daban la fuerza para enfrentarse a sus compañeros. Posteriormente, su amancebamiento con una prostituta mestiza lo calmó y le dio cierta categoría de hombre «normal» entre los ladinos¹⁶. Pero el destino le reserva una cruel jugarreta a José Damián.

La enfermiza y tísica María Manuela se da cuenta de que está encinta y da a luz a una criatura. Este hecho le permite volver al pueblo. Allí se entera de que su esposo se ha marchado a trabajar en la hacienda. La concepción ha redimido a María Manuela y la sentencia de separación es revocada. Por su parte, cuando empieza la nueva cosecha José Damián le pide al mayordomo que lo deje trabajar en el campo con los suyos, buscando así una manera de purificación de su pecado —matar borregos— y acercarse a su grupo. De su otra vida se guardó el cuchillo utilizado para matar borregos. En el campo se entera del regreso de su mujer e hijo. ¿Cómo puede volver a su pueblo con el yugo de su pasado? Así, decide dejar pasar una cosecha más esperando de esta manera reidentificarse con el trabajo agrario para retornar después a San Juan Chamula. A su regreso a los suyos conserva únicamente el cuchillo, perturbador símbolo de su machismo e infamia: «Aparentemente, la necesidad de mantener aquel objeto siniestro celosamente oculto iba convirtiéndose en una mortificante obsesión»¹⁷. Verdaderamente obcecado, José Damián lo saca de noche pensando que María Manuela no lo observa. Un día ella encuentra el cadáver de un borrego degollado; se suceden otros degollamientos, atribuidos a diversas causas por la comunidad. Pero María Manuela había confirmado la culpabilidad de su esposo. Desesperada y atormentada por su deber a la tribu y el amor a su esposo, arroja el cuchillo entre las malezas. La tradicional fiesta de «quin-tajimiltic» señala la ruina de José Damián. Es reconocido y delatado por indios de otro pueblo que habían trabajado en la hacienda. Los tzotziles intentan vengarse de él sin acudir a los acostumbrados trámites de consultar a los mayores de la tribu, pero José Damián logra escapar y se esconde de los suyos mientras éstos des-

¹⁶ Como recordamos, la unión de José Damián con la mestiza Clotilde fue breve; ella no le era fiel, y había en su actitud «más que piedad y consideración, y mucho más que cariño o respeto al hombre, un deseo inconsciente y confuso de dar la dicha a quien tan necesitado andaba de ella, para saborear después el placer enfermizo de herirle y buscar en el peligro de la infidelidad un estimulante para su torcida condición sensual» (Rubín, p. 109).

¹⁷ Rubín, p. 128.

truyen su vivienda y dejan desamparada y abandonada a María Manuela. La obra concluye cuando el protagonista le dice a su mujer que se va a vivir entre los ladinos y la instruye para que ella lleve al hijo a la sierra y lo eduque entre los indios.

Como bien notó Sommers, *El callado dolor de los tzotziles* «constituye una transición entre lo pasado y lo presente»¹⁸. Efectivamente, Rubín, como López Fuentes, Magdaleno y Traven, tiene la tendencia a explicar e interpretar excesivamente las acciones, pensamientos y sentimientos de sus personajes, a agitar las emociones del lector y a simplificar a los personajes secundarios. Empero, su vínculo con lo presente es significativo: el autor desea comprender a sus protagonistas y presentarlos como seres complejos cuya actuación es el resultado de una psicología y vivencia diversas. Rubín presenta al protagonista como un hombre tironeado por dos culturas con valores opuestos. En este análisis de la mentalidad y tragedia de José Damián, oscilante entre el mundo tzotzil y el ladino, rechazado por el primero y no aceptado por el segundo, radica la innovación y modernidad de esta obra de Ramón Rubín. José Damián no es únicamente un indio tzotzil; vemos en él al hombre contemporáneo tironeado por valores antiguos y modernos, desubicado y solitario en las grandes urbes; en fin, aislado, sin asidero. A su vez, del protagonista podemos extrapolar los problemas serios que encaran los mexicanos de extracción indígena. Lo más grave no es la tradicional explotación del indio por el ladino, sino cómo puede el primero conservar sus tradiciones y cultura y a la vez sobrevivir en un mundo que lo obliga a acudir a la comunidad mestiza mayoritaria¹⁹.

Ramón Rubín ha confesado un sencillo objetivo para sus libros: «Lo único que me propongo al escribirlos es encontrar un lector y retener su atención»²⁰; pero indiscutiblemente logra mucho más con una obra respaldada «por voluminosas libretas de apuntes geográficos, históricos, antropológicos, económicos y humanos»²¹. Su técnica, parecida a la de los antropólogos, no es precisamente la de Ricardo Pozas en *Juan Pérez Jolote* (1948) o Elena Poniatowska en *Hasta no verte Jesús mío* (1969),

¹⁸ Sommers, «El ciclo de Chiapas: nueva corriente literaria», p. 248.

¹⁹ Aunque John S. Brushwood encuentra defectos en la trama y el desarrollo de los personajes de Rubín en *El callado dolor de los tzotziles*, subraya que «one of the principal values of the ethnological tendency in the *indigenista* novel is the representation of man in a culture sufficiently different from our own to make us aware of facts that we normally ignore. At its best this kind of novel goes far beyond the representation of an isolated group» (*Mexico in its Novel: A Nation's Search for Identity*, Austin & London: University of Texas Press, 1966, p. 26).

²⁰ Carballo, p. 344.

²¹ Carballo, p. 345.

quienes grabaron y reprodujeron el diálogo de sus personajes. Rubín utiliza todo el material recogido, pero lo recrea con la intención de hacerle ver al lector lo que él ve; de obligarlo a pensar como él. Interviene, interpreta y opina porque indudablemente quiere compartir sus preocupaciones²². Los tzotziles se mueven en un mundo aparentemente extraño para el lector moderno porque están bajo el dominio de otra cultura, tradiciones, costumbres y supersticiones. Al mismo tiempo, ellos comparten deseos y sentimientos, vicios y virtudes con el mundo ladino. La atenazante angustia que marca el texto deriva del choque causado por la incapacidad de los protagonistas de adaptarse al «otro» mundo y, a su vez, de ser aceptados por él cuando la necesidad económica lo exige. El «callado dolor» se agudiza cuando la propia comunidad los rechaza. El desenlace subraya la proporción de tal conflicto: ruptura y continuidad se entrecruzan en el camino escogido por José Damián para él mismo y para su hijo. Así, Rubín nos muestra problemas psicológicos y emociones de los tzotziles resultado del choque cultural, de la incapacidad de conciliar dos mundos, de la necesidad forzosa de integrarlos para sobrevivir. En suma, *El callado dolor de los tzotziles* marca una coyuntura importante en el desarrollo de la narrativa indigenista mexicana por ser a la vez obra de continuidad y de ruptura; aunque la novela accede a las preocupaciones de las obras de protesta social, da un paso hacia las de técnica más elaborada, pues su fundamentación antropológica ofrece una vista interna del mundo indígena.

²² Hay críticos que ven en esta tendencia una gran falla; véanse Carballo, pp. 344-357, y Julio Rodríguez-Luís, *Hermenéutica y praxis del indigenismo: la novela indigenista de Clorinda Matto a José María Arguedas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), pp. 257-258.